

La historia más visual e inmersiva de la Orden del Temple

El lector que se sumerja en las páginas de este libro esperando encontrar una narración entretejida de todos los variados mitos y elucubraciones esotéricas sin fundamento que rodean a la Orden del Temple, sin duda saldrá decepcionado. Desde el máximo rigor histórico y con una metodología de trabajo pulcra y objetiva, este libro, afortunadamente para la cultura occidental, solo ofrece una cosa: Historia. ¡Pero qué historia! Un completo recorrido devenir de los templarios, inserto en el amplio contexto histórico de las Cruzadas, iluminado cual manuscrito medieval con una cuarentena de espectaculares ilustraciones, especialidad de su talentoso autor, que dejarán al lector sin aliento.



Templarios. Soldados de Dios

978-84-945187-3-7

21 x 29,7 cm

224 páginas

Rústica con solapas

P.V.P. 29,95 €

La Orden del Temple es probablemente la organización de carácter religioso y militar más relevante de toda la Edad Media. Nacidos al calor del fenómeno histórico de las cruzadas, con el fin primero de proteger a los peregrinos cristianos que viajaban a Tierra Santa, los caballeros templarios protagonizaron casi dos siglos de apasionante historia. En *Templarios. Soldados de Dios* el polifacético ilustrador e investigador croata Zvonimir Grbašić, colaborador habitual de Desperta Ferro Ediciones, nos ofrece esta nueva historia de la Orden del Temple, haciendo hincapié en su faceta militar, pero sin dejar de lado todos los aspectos de su organización, funcionamiento o mentalidad. Desde los días previos a la Primera Cruzada y el juramento que Hugo de Payns y sus ocho compañeros dieron en la Navidad de 1119, en la iglesia del Santo Sepulcro, al patriarca de Jerusalén, hasta la traumática disolución de la orden y el procesamiento de sus miembros, con el dramático epitafio que puso el suplicio en la hoguera el 22 de marzo de 1314 de Jacques de Molay, el último gran maestro. El gran aporte de esta obra son las numerosas y magníficas ilustraciones que el propio Grbašić ha realizado para la ocasión, de documentado detalle y preciosistas colores, y que consiguen evocar la vida y los hechos de armas de estos soldados de Dios: la carga contra los jinetes de Saladino en Montgisard, los últimos supervivientes de la masacre de los Cuernos de Hattin, la desesperada resistencia en Acre... Además, el libro viene enriquecido con numerosas imágenes de época y los mapas marca de la casa. Un impresionante aparato gráfico que convierte a *Templarios. Soldados de Dios* en toda una joya para los amantes de la historia medieval, que flamea como antaño el estandarte blanco y negro del Temple: ¡*Beauséant!*



Veterano de guerra, su interés desde niño por la historia militar y su virtuosismo como artista han llevado a **Zvonimir Grbašić** a convertirse en uno de los ilustradores de temática bélica más destacados de Europa y a colaborar con las principales revistas de historia militar. Es miembro de la Sociedad Croata de Artes Aplicadas (ULUPUH).

En librerías el miércoles 2 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE

PARTE I. ORIENTE PRÓXIMO

1. La conquista islámica de Tierra Santa
2. La Primera Cruzada

PARTE II. EL COMIENZO

3. Los orígenes de la Orden del Temple

PARTE III. LA REGLA DEL TEMPLE

4. El reglamento de la orden

PARTE IV. ORGANIZACIÓN

5. La estructura del Temple

PARTE V. JERARQUÍA

6. Caballeros, sargentos y pajes

PARTE VI. CABALLOS

7. Monturas de guerra

PARTE VII. EN CAMPAÑA

8. El arte de la guerra medieval
9. El arte de la guerra templario

PARTE VIII. ÓRDENES HERMANAS

10. Otras órdenes militares en Tierra Santa

PARTE IX. ENEMIGOS

11. Los rivales del Temple

PARTE X. LA SENDA DE LA GUERRA

12. De la Segunda Cruzada al ascenso de Balduino IV
13. La pérdida de Jerusalén y la Tercera Cruzada
14. La lenta agonía de *Outremer*
15. La última resistencia en Tierra Santa

PARTE XI. EPÍLOGO

- El final del Temple

Bibliografía
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1

LA CONQUISTA ISLÁMICA DE TIERRA SANTA

El sufrimiento de los peregrinos cristianos en Tierra Santa, en su tránsito desde la costa del mar Mediterráneo hasta los santos lugares, impulsó a un grupo de caballeros franceses a establecer una comunidad de monjes que protegiese a los viajeros. Nada podía hacer pensar a estos hombres que, con ese acto, estaban sentando los cimientos de una célebre hermandad de caballeros cuyas hazañas bélicas todavía hoy provocan emoción entre los amantes de la historia y de la ficción, casi novecientos años más tarde.

No obstante, de la misma manera que las peregrinaciones no comenzaron a principios del siglo XII, tampoco estas se enfrentaban en solitario a los peligros de Palestina. Ya en la cristiandad inicial, habían sido una rara excepción, algo que cambió durante el gobierno de Constantino I el Grande (306-337), el primer emperador que aceptó el cristianismo y autorizó la libre profesión de la fe cristiana, que llegó incluso a declararse la religión oficial del Imperio.

LA PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA

A la edad de ochenta años, Helena, la madre de Constantino, había iniciado una peregrinación a Jerusalén donde llevó a cabo lo que hoy día podríamos calificar como toda una investigación arqueológica en busca de reliquias relacionadas con el martirio y la muerte de Jesucristo. De acuerdo con lo relatado por Gelasio¹ y Rufino,² se encontraron, en una localización oculta, los restos de tres cruces en las que habrían sido crucificados tanto Jesucristo como los dos ladrones. El relato también menciona el milagro por el que Helena pudo identificar en cuál de ellas había sido crucificado el propio Jesús. En el lugar donde su madre realizó este hallazgo, el emperador ordenó la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro,³ donde se guardaría esta reliquia, ahora considerada la más sagrada de toda la cristiandad.

Las noticias del descubrimiento de Helena se propagaron entre los creyentes a lo largo de todo el Imperio y los éxodos comenzaron mientras la excavación arqueológica estaba en marcha. Los lugares relacionados

con la vida de Jesús, como Belén, Nazaret o Jerusalén, así como el río Jordán, encabezaban los destinos preferidos por los peregrinos. En los años sucesivos, las autoridades eclesiásticas apoyaron estas peregrinaciones y su número continuó en aumento, lo que propició la construcción de monasterios y hospitales en Jerusalén y sus alrededores con el propósito de alojar, proteger y atender a los peregrinos. A comienzos del siglo V, existían cerca de doscientos de estos emplazamientos. Hoy, hablaríamos de un auténtico florecimiento del turismo religioso.



CAPÍTULO 2

LA PRIMERA CRUZADA

LA CONQUISTA DE JERUSALÉN

Alcanzaron las murallas de la ciudad el 7 de junio y fueron recibidos por la magnífica vista de una de las plazas fortificadas más hermosas de su tiempo. Las murallas habían sido erigidas por el emperador romano Adriano¹⁴ y modificadas posteriormente por los bizantinos, omeyas y fatimíes. El paramento oriental se alzaba so-

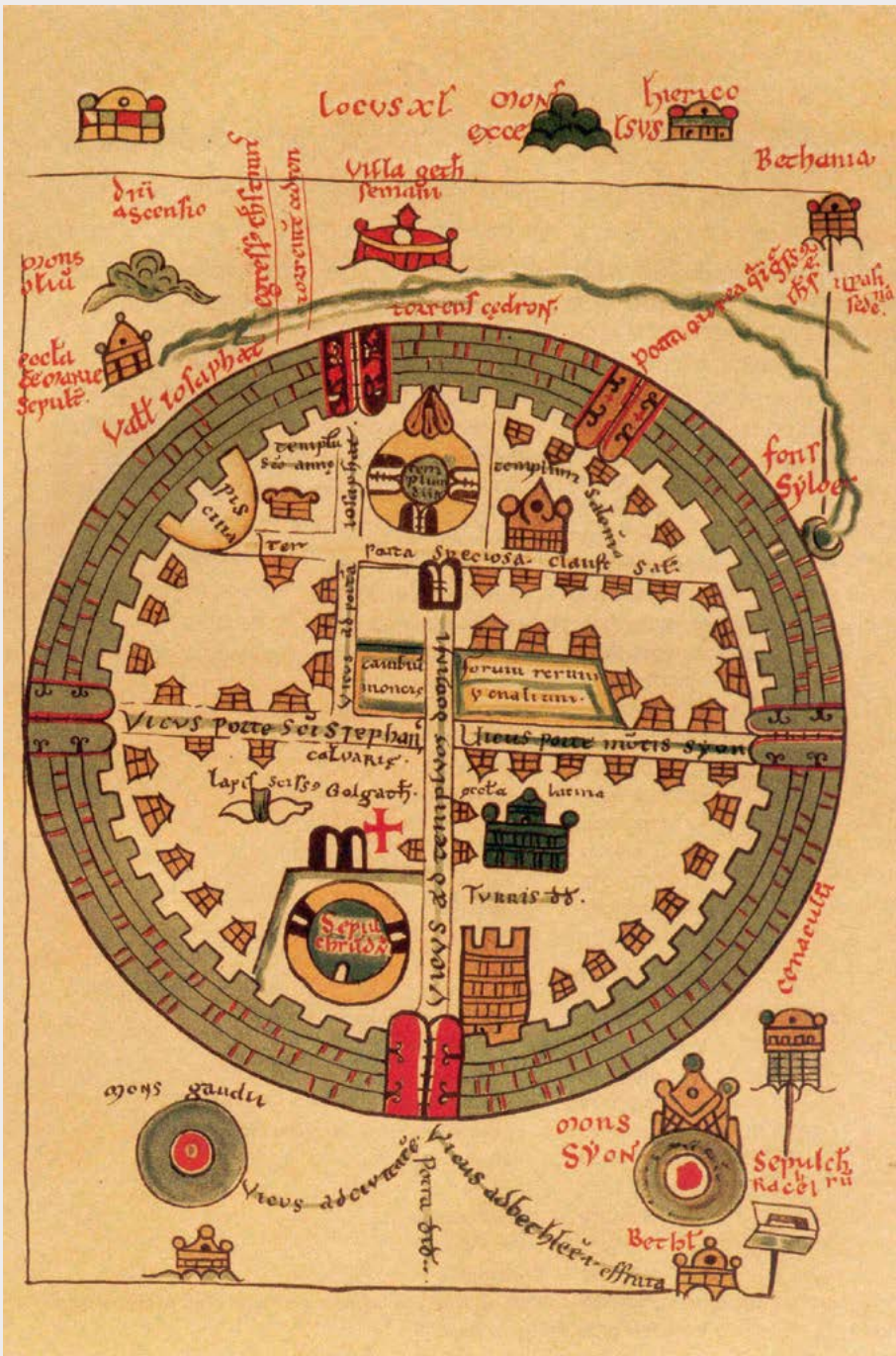
bre las inaccesibles laderas del barranco de Kedron. Y, más hacia el sudeste, el suelo bajo el lienzo caía hacia el valle de Gehena. Los muros en dirección oeste se desplegaban hacia otro valle menos profundo. Solo la muralla sudoeste, erigida en el Monte Sión, y la muralla norte, eran accesibles para los asaltantes. El muro occidental se encontraba resguardado por un bastión de planta octogonal, la Torre de David, cuyos cimientos estaban reforzados con plomo y cuya vista protegía la entrada a la Puerta de Jaffa. Bajo el estandarte blanco de los fatimíes, la ciudad se escudaba al abrigo de una fuerte guarnición de árabes y sudaneses.

EL ASEDIO

Al escuchar la noticia de la llegada de los cruzados, el gobernador de la ciudad ordenó a los cristianos ortodoxos y a los herejes, que suponían la mayor parte de la población de Jerusalén, que abandonasen la ciudad. Esta era una decisión más que sabia y razonable si se tiene en cuenta que los cristianos tenían prohibido portar armas, que no ofrecían ninguna ayuda en batalla, que alimentarlos agotaría más rápido las reservas de suministros y que no se podía confiar en ellos en la lucha contra otros cristianos. Los cruzados no eran lo bastante numerosos como para rodear toda la ciudad por lo que se repartieron en campamentos alrededor de los muros más accesibles para el ataque. Roberto de Flandes y Roberto de Normandía asediarían el paramento norte y la Puerta de Herodes; Godofredo de Lorena se asentó junto a la esquina noroeste de la muralla que daba a la Puerta de Jaffa; y el resto de la muralla occidental, desde

Las fuerzas de Godofredo de Bouillón abrieron la brecha decisiva en las defensas de Jerusalén y dieron acceso a las puertas a la hueste de Raimundo de Tolosa, lo que sentenció definitivamente la jornada en favor de los cruzados. Sedientos de sangre, estos desencadenaron una matanza en la ciudad.





Representación de Jerusalén en una copia de la *Gesta Francorum Iherusalem expugnantium*, datada en el siglo XIII y custodiada en la localidad francesa de Saint-Omer.

nas de Samaria y las propias galeras fueron desmanteladas para utilizar su madera. Dado que estas habían traído embarcados carpinteros, comenzó la construcción de torres de asedio, escalas y catapultas. La noche del 14 de julio, para sorpresa de los defensores, las torres de asedio comenzaron su avance hacia las murallas de Jerusalén, cubiertas con pieles de buey mojadas con agua.

SANGRE E INCIENSO

La mañana del 15 de julio, en la puerta nordeste, la bastida de Godofredo de Bouillón tocó los muros de la ciudad, mientras en su húmedo interior los caballeros se apretaban, sudando bajo sus armaduras, y rezaban sus últimas oraciones al tiempo que respiraban ese aire recargado, teñido por las exudaciones. El puente levadizo de la torre de asedio descendió hasta la fortaleza y los guerreros, ataviados con cotas de malla y protegidos desde los hombros hasta las pantorrillas con escudos de cometa, embistieron a los defensores mientras lanzaban tajos con sus espadas y hachas.

Los primeros en penetrar en el interior de la fortaleza fueron los caballeros flamencos Litold y Gilbert. A continuación, les siguieron los caballeros lotaringios y los normandos. En el sector occidental, la torre de asedio de Raimundo de Tolosa no logró alcanzar el muro debido a una zanja pero, dado que los hombres

de Godofredo ya habían conseguido entrar en la ciudad, los defensores de la puerta más cercana a Raimundo se rindieron. Todos los habitantes musulmanes de la ciudad fueron eliminados mientras que los judíos, que habían buscado refugio en su sinagoga, fueron quemados vivos. En la crónica de Raimundo de Aguilers, el capellán de Raimundo de Tolosa, se cuenta que para llegar a la colina del templo había que abrirse paso entre pilas de cabezas, brazos y piernas mutilados, y que la sangre llegaba a los tobillos. A pesar del horrible derramamiento de sangre, Iftikhar, el gobernador fatimí de la ciudad, así como sus guardaespaldas, fueron perdonados. Algo que se debe, sin duda, a que Iftikhar compró su liberación al entregar el tesoro de la ciudad.

la Torre de David hasta el Monte Sión, quedarían bajo el control de Raimundo de Tolosa. Este se apercebó, unos días más tarde, de que se había situado demasiado lejos de los muros, por lo que desplazó a sus hombres hasta Sión, de modo que las inaccesibles murallas del este y del sudeste quedaron desprotegidas. Los cruzados perdían hombres y animales a diario debido a la falta de agua y de alimento. El tiempo se les acababa y el mismo 13 de junio se realizó la primera intentona contra la fortificación, que fue repelida con facilidad. Al finalizar junio, llegaron noticias de que un ejército fatimí venía desde Egipto para ayudar a la ciudad sitiada. En ese momento, apoyadas por cuatro navíos ingleses, arribaron dos galeras genovesas al mando de los hermanos Embriaco, que amarraron en Jaffa y desembarcaron provisiones, clavos, cuerdas, pernos y unos trescientos hombres. Los camellos acarrearón troncos de las coli-

dos de Godofredo ya habían conseguido entrar en la ciudad, los defensores de la puerta más cercana a Raimundo se rindieron. Todos los habitantes musulmanes de la ciudad fueron eliminados mientras que los judíos, que habían buscado refugio en su sinagoga, fueron quemados vivos. En la crónica de Raimundo de Aguilers, el capellán de Raimundo de Tolosa, se cuenta que para llegar a la colina del templo había que abrirse paso entre pilas de cabezas, brazos y piernas mutilados, y que la sangre llegaba a los tobillos. A pesar del horrible derramamiento de sangre, Iftikhar, el gobernador fatimí de la ciudad, así como sus guardaespaldas, fueron perdonados. Algo que se debe, sin duda, a que Iftikhar compró su liberación al entregar el tesoro de la ciudad.



CAPÍTULO 3

LOS ORÍGENES DE LA ORDEN DEL TEMPLE

LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Payns, un caballero decidido y temeroso de Dios, así como sus compañeros de armas, se presentaron ante el líder religioso y el líder civil del reino de Jerusalén con una solicitud que nunca antes se había oído en el mundo cristiano. Pretendían convertirse en monjes, pero, al mismo tiempo, querían servir a su señor celestial mediante las armas, tal como habían hecho durante su vida. Deseaban dedicar sus habilidades guerreras a la protección militar de los peregrinos que recorrían la ruta a la Ciudad Santa desde el mar.

Hasta entonces, los *milites Christi* eran monjes que seguían la regla de san Benito, según la cual luchaban por Jesucristo mediante la oración y la misa. Y obtenían la absolución y el camino al cielo por el mero hecho de ser monjes. Los guerreros mundanos, sin embargo, solo podían obtener la absolución financiando y realizando donaciones a los monasterios o bien con su ingreso en la orden como hermanos. Solo el papa Gregorio VII (1073-1085) había planteado que la lucha por Jesucristo, mediante el combate de caballeros cristianos armados, auténticos *milites Christi*, tenía cierta semejanza con el monacato. Y el rey Balduino II aceptó esta idea. El cronista medieval Miguel el Sirio sostiene, incluso, que esa era la intención expresa del rey, y que los caballeros solo querían dejar atrás la vida mundana para convertirse sencillamente en monjes. No habría resultado extraño que fuese deseo del propio soberano, dado que el reino de Jerusalén sufría una grave carestía de combatientes experimentados. Por lo tanto, permitir a una docena de caballeros abandonar las armas y dedicarse a la meditación no habría sido beneficioso para el monarca.

LOS CABALLEROS DEL TEMPLO DE SALOMÓN

Sea como fuere, en la Navidad de 1119, en la iglesia del Santo Sepulcro, el patriarca de Jerusalén aceptó los vo-

tos de pobreza, castidad y obediencia de los nueve caballeros, así como su sumisión a la regla de San Agustín,⁵ que era la más extendida entre los monjes del siglo XII. Se llamaron a sí mismos los Pobres Caballeros de Cristo y su misión sería la protección de los peregrinos desde la costa hasta Jerusalén y hasta el río Jordán, lugar de bautismo de Jesucristo. En verdad se trataba de una misión muy difícil para tan pocos caballeros, pues el camino desde los puertos mediterráneos de Jaffa y Cesarea circulaba por territorios inhóspitos, montañosos y bajo la constante amenaza de leones o asaltantes beduinos. La mayoría de los peregrinos estaban desarmados y, por ello, eran presa fácil para los ladrones y los animales salvajes: esto no había cambiado desde los tiempos de los romanos.

El rey concedió a los nuevos monjes un ala del palacio que se correspondía con el Templo de Salomón (*Templum Salomonis*). Esta sede se incluyó en su nombre, de tal manera que se convirtieron en los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón, o Caballeros del Templo de Salomón, o caballeros del templo, templarios o Temple. Para hacer sus vidas algo más sencillas, el patriarca de Jerusalén les eximió de impuestos y de la obligación de vestir hábito, de tal manera que pudiesen cumplir sus cometidos con sus propias ropas mundanas. Al año siguiente, un poderoso noble francés, Fulco de Anjou,⁶ regresaba de su peregrinación a Tierra Santa anunciando que se consideraba miembro de la orden, que entregaría a los templarios una cantidad de dinero con regularidad y que había prometido mantener a dos caballeros templarios en Tierra Santa cada año. Los pobres hermanos recibían contribuciones de muchos otros nobles franceses y, con total seguridad, el ingreso en la orden de Hugo de Champaña incluyó un considerable aporte económico y la cesión de numerosas propiedades en su tierra de origen.

CAPÍTULO 6

CABALLEROS, SARGENTOS Y PAJES



La visión de un jinete pesadamente armado a la carga, cubierto con un gran escudo, montado sobre un poderoso caballo y apuntándose con su lanza constituía una verdadera pesadilla para cualquiera que tuviera la mala fortuna de contemplarla.

naron el título de caballeros, ya fuese porque eran individuos con una escasa forma física, porque eligieron ingresar en el clero o por la sencilla razón de que no deseaban convertirse en soldados y preferían una vida más relajada, menos peligrosa, como terratenientes o comerciantes.

En el año 1200, el conde Balduino de Flandes decretó que los hijos de cualquier caballero que hubiesen fallado en su iniciación a la caballería al cumplir los veinticinco años perderían su estatus nobiliario y pasarían a ser considerados plebeyos. Por lo que puede deducirse, la falta de combatientes profesionales hizo necesaria una amenaza para forzar a muchos nobles a dejar sus tierras y dedicarse al peligroso servicio militar.

La iniciación en la caballería definía su posición en la sociedad, convertía al guerrero en miembro de una casta internacional reconocible por las espuelas doradas y el *cingulum militare*, el cinto del que colgaba su espada. La antiquísima tradición caballeresca de admitir en la hermandad a cualquier guerrero que mostrase su valía fue abolida en el siglo XII, cuando la iniciación se limitó a los aspirantes nacidos en familias de caballeros. En estas familias, los muchachos se preparaban para su carrera militar desde su más tierna infancia: primero sirviendo en su propia casa y luego en la corte de sus señores. La intensidad del

LA FORJA DE UN CABALLERO

Los hombres no nacían caballeros. El candidato debía pasar años de entrenamiento y debía demostrar su coraje antes de ser aceptado en la caballería en torno a los veinte años. Esta era la edad de máximo vigor físico de una persona de la época y el momento en el que ya podía portar la pesada armadura y las armas, al tiempo que montaba un caballo de batalla. Muchos nobles nacidos en familias con tradición caballeresca nunca se ga-

entrenamiento era extenuante, ya fuese para aprender a montar o a manejar las armas. Debían aprender cómo utilizar el escudo, el arco y las flechas, luchar con espada, saltar, sostener la lanza, sentarse bien sobre el caballo, cabalgar y, sobre todo, no dudar ante el peligro. Lo más importante y también lo más difícil para estos muchachos era aprender a utilizar la lanza de caballería en una carga. El propósito del caballero no era solo alcanzar a su enemigo, sino también dirigir a su caballo con precisión

y romper la línea enemiga. Para enseñarles a hacer esto, se instalaba sobre el objetivo a alcanzar una barra transversal que giraba en torno a un eje. La diana se situaba en uno de los extremos de la barra mientras que del otro colgaba una bolsa de arena como contrapeso. Cuando el jinete alcanzaba la diana a la carrera, la barra giraba con fuerza alrededor del eje y, si el jinete se había detenido o había reducido su marcha, el peso le golpeaba en la espalda y le tiraba de la silla. Este ingenio, conocido como estafermo, constituía una forma dolorosa y en absoluto inofensiva de aprender a no detener la carga.

Este completo entrenamiento estaba reservado para los candidatos a caballeros. Los infantes no recibían ningún entrenamiento militar y a los arqueros solo se les enseñaba a utilizar el arco y las flechas. Ni los caballeros ni ningún otro guerrero aprendían a combatir y a moverse en unidades, por lo que las escaramuzas medievales, a diferencia de las antiguas batallas de la Roma imperial, no se ganaban mediante las concienzudas tácticas, el duro entrenamiento y la férrea disciplina de formaciones de combate que sobrepasaban al enemigo. Los guerreros de élite de la Edad Media podrían ser definidos como un grupo de *prima donnas* de gran habilidad y coraje individual, cuya destreza y bravura se acentuaban gracias a una excelente armadura, unas poderosas armas y un magnífico caballo, elementos estos que marcaban la verdadera diferencia en los campos de batalla del momento.

LA PANOPLIA DEL CABALLERO TEMPLARIO

En la ley franca conocida como Lex Ripuaria, se especificaba con precisión el coste en vacas del equipamiento militar. Los elementos más caros eran la loriga y el caballo de batalla, con un valor de doce vacas cada uno. Una espada con su vaina costaba siete vacas. El casco y las

grebas ascendían a seis vacas cada uno y, por último, la lanza y el escudo costaban dos vacas cada uno. Puesto que las armas y las armaduras se producían de manera artesanal a lo largo de todo el periodo, estos precios no debieron cambiar de forma significativa.

De la misma forma que los francos establecieron el equipamiento que todo jinete pesado debía portar, la Orden del Temple también lo dispuso con precisión en su regla. Los estatutos jerárquicos enumeraban, en la cláusula 138, el equipamiento completo de un caballero: loriga, brafoneras o «calzones de hierro» -infrecuentes hasta el siglo XIII-, *chapeau de fer* o capelina (un pequeño casco con ala, más propio de la infantería), yelmo, espada, escudo, lanza, maza turca, un jubón acolchado, zapatos de cota de malla o escarpes, una daga, un cuchillo para el pan y uno de bolsillo. La cláusula 141 detallaba, además, lo que podían portar los hermanos sargentos, que resultaba idéntico a la panoplia empleada por los caballeros, excepto porque sus lorigas carecían de mangas y sus brafoneras no tenían pies. De hecho, no siempre recibían escarpes. Los sargentos servían también como caballería pesada, pese a disponer de un equipamiento algo más modesto y de no llevar los pies tan bien protegidos como sus camaradas nobles, a pesar de lo cual, tanto los caballeros como los sargentos podían combatir a pie como infantería pesada, en caso de necesidad. La regla establecía en general que, para los sargentos, el equipamiento era más opcional que obligatorio, según los recursos de cada casa. Así, los caballeros tenían prioridad y los sargentos recibían lo que quedara.

Un caballero templario inicia el galope en los instantes finales de la carga, lanza en ristre, a la vez que se protege con su escudo. Pintura al fresco de la capilla de la casa templaria de Cressac-Saint-Genis (Charente, Francia). © JLPC



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 9

EL ARTE DE LA GUERRA TEMPLARIO

UNA EXTRAORDINARIA FUERZA MILITAR

Si comparásemos un ejército feudal corriente con una hueste templaria podría apreciarse cómo el primero era un conjunto de tropas más o menos indisciplinadas, sin una organización precisa, acompañado por un gran número de no combatientes. Era una fuerza que se desplazaba en una larga y lenta columna, que arrastraba consigo todos sus bienes y suministros sobre carros y animales de carga. En los descansos, este ejército era difícil de controlar y propenso a la bebida, mientras que en batalla resultaba ingobernable. No podría esperarse de este el cumplimiento de las órdenes más básicas y era probable que cada componente del ejército cargase sin control, abandonase la fila o el campo de batalla a su voluntad. No existía una cadena de mando firme ni medidas disciplinarias para quienes incumplían las órdenes.

Por otro lado, los templarios contaban con oficiales que vigilaban los deberes de cada combatiente y hacían respetar su autoridad. Todos los miembros de la orden, ya fuesen monjes o combatientes asalariados, debían respetar a sus comandantes. Nada quedaba al azar o al desorden. La logística y provisión de suministros estaba organizada con eficacia y no había que preocuparse de mujeres o niños, aunque tampoco había hombres de reserva. Los templarios marchaban y acampaban siguiendo normas estrictas y respetando las órdenes. Todo lo que necesitaban estaba a su alcance gracias a los animales de carga que, por otro lado, les garantizaban mayor movilidad y columnas de marcha más pequeñas. Las tareas se completaban en silencio, lo que permitía escuchar con claridad y precisión las órdenes dadas. Tampoco podían comer o beber en exceso, lo que permitía tener a los hombres y a los animales listos en menor tiempo. Y aunque los votos monásticos exigían a los hermanos que obedeciesen sin cuestionar las órdenes, lo cierto es que en el campo de batalla se respetaba el instinto natural de los caballeros. Al prohibir a los hermanos tomar la lanza o el escudo hasta el último momento, se conseguía prevenir cualquier acción individual que los caballeros quisieran llevar a cabo. Durante el combate también había notables diferencias entre los ejércitos seculares y los templarios: el primero se movía a

su antojo por el campo de batalla y lo abandonaba tan pronto quería; los templarios, sin embargo, debían permanecer cerca de su estandarte y no se retiraban mientras este se mantuviese alzado.

Los estatutos jerárquicos constituían, de hecho, un auténtico manual de combate que, dentro de las posibilidades de la época, ofrecía toda la infraestructura organizativa necesaria para levantar el mejor ejército feudal posible, estructurando la cadena de mando, la logística, el comportamiento en batalla y el equipamiento de los guerreros. La única cuestión con la que no podía lidiar era un problema clásico de todos los ejércitos del periodo: la total ausencia de adiestramiento y de formaciones colectivas.



El mariscal de Jerusalén enarbola el estandarte de batalla de la Orden del Temple, el *Gonfanon Baucent* o *vexillum belli*, junto a su escuadrón de caballería, instantes antes del inicio de la carga contra el enemigo (siglo XII).

CAPÍTULO 13

LA PÉRDIDA DE JERUSALÉN Y LA TERCERA CRUZADA

FUEGO, POLVO Y SED: MORIR EN HATTIN

Al amanecer, los cristianos se dieron cuenta de que estaban rodeados. Nada más salir el sol, el sábado 4 de julio de 1187, toda la infantería franca avanzó en formación para abrirse camino hasta el agua. La orden de regresar que dictó el rey no fue atendida. Una de las fuentes señala que la formación se detuvo en la loma y fue exterminada hombre a hombre. Muchos perecieron a causa de los matojos en llamas. Según otra de las fuentes, la infantería se rindió y un grupo de cinco caballeros de Raimundo que los seguía pidieron a Saladino que acabase con todos. Los hospitalarios lo consideraron un acto de traición, pero puede que no fuese más que pura compasión por el agonizante final que estaban sufriendo los deshidratados soldados.

Antes de que Saladino atacase lo que quedaba del ejército cristiano y, siguiendo la costumbre entre dos ejércitos enfrentados, tuvo lugar un duelo entre dos paladines. El caballero cristiano derrotó a un mameluco, al que se tomó por error como el hijo de Saladino. Guido quiso aprovechar la oportunidad y ordenó a Raimundo y sus caballeros que se lanzasen a la carga contra los mamelucos. El honor del primer asalto correspondía a Raimundo, como propietario de las tierras en las que se luchaba. Pero, tan pronto como comenzó la carga, los hombres de Taqi al-Din se apartaron de los caballeros y les dejaron pasar, antes de que el resto del ejército del rey pudiera seguirles. Raimundo no podía ayudar ya a los que se encontraban rodeados, por lo que siguió cabalgando con sus hombres y se dirigió a Trípoli. Esta decisión sería considerada más tarde como un acto de cobardía y de traición, pese a que incluso el cronista de

Saladino, Imad al-Din Isfahan, recoge las graves pérdidas que habían sufrido los hombres de Raimundo. Tras este movimiento del señor de Trípoli, Balián de Ibelín y Reinaldo de Sidón¹² se retiraron del mismo modo, junto con algunos caballeros templarios que se unieron a ellos. Así lo hizo también el gran maestre del hospital, aunque murió de sus heridas un día después de llegar a Ascalón. Entre ambos grupos salvaron a más de doscientos caballeros.

El resto del ejército luchó con tenacidad y bravura, pese a estar rodeado. La sed y el humo habían mermado las fuerzas de los caballeros y los animales del rey, por lo que estos se vieron obligados a retroceder colina arriba, bajo los cuernos rocosos. Casi todos los caballos francos perecieron y aquellos a los que no podían llevar los dejaron atrás, sedientos, exhaustos y heridos, pues ya no podían hacer uso de ellos. Cerca de la cima de la colina, los francos intentaron organizar un campamento con la tienda roja del rey en su centro. Los musulmanes continuaron atacando y retirándose, mientras el número de los cercados disminuía asalto tras asalto. El círculo alrededor del rey y la Vera Cruz, que habían llevado a la batalla, se hacía cada vez más estrecho. Al final, los guerreros cristianos se vieron superados, extenuados, incapaces de sostener las armas y luchar. Muchos caballeros no podían hacer otra cosa que echarse al suelo. Hacia medio día, Taqi echó abajo la tienda del rey y tomó la Vera Cruz.

En los últimos compases de la batalla de Hattin (1187), completamente exhaustos, sedientos, sofocados por la humareda y el calor, desmontados e incapaces de sostener sus armas, los caballeros cristianos no pudieron hacer otra cosa que aguardar su destino.



DOSIER DE PRENSA



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

